EL VALOR DE LA MISA Y DE LA SAGRADA COMUNIÓN

por el

Beato Columba Marmion

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA
ISBN: 84-7770-519-4
Depósito legal: M. 43.842-2000
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

INTRODUCCIÓN

El Beato Columba Marmión, es acaso el autor místico contemporáneo más famoso del mundo y el que más honda influencia ha ejercido en la espiritualidad de nuestros días.

Don Columba Marmión (1858-1923), como es sabido escribió varias obras repletas de doctrina y unción espiritual. Las más famosas, conocidas en el mundo entero, son las que constituyen su magnífica trilogía cristológica: *Jesucristo Vida del Alma, Jesucristo en sus misterios,* y *Jesucristo ideal del monje.* Este librito que tienes en tus manos es una separata de dos capítulos de la primera de sus obras: *Jesucristo, vida del alma.*

La doctrina espiritual del Beato Marmión es eminentemente paulina: no hay santidad posible fuera de nuestra perfecta configuración con Jesucristo. No seremos santos sino en la medida en que vivamos la vida de Cristo o, quizá mejor, en la medida en que Cristo viva su *vida en nosotros.* El proceso de santificación es un proceso de *cristificación.* El Cristiano tiene que convertirse en otro Cristo: *christianus, alter Christus.* Solamente

cuando con toda verdad y exactitud podamos repetir el «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2,20), podremos estar seguros de haber alcanzado la cumbre de la perfección cristiana.

El Sacrificio Eucarístico

SUMARIO. - La Eucaristía, fuente de vida divina. - I. La. Eucaristía considerada como sacrificio; trascendencia del sacerdocio de Cristo. - II. Naturaleza del sacrificio; cómo los sacrificios antiguos no eran más que figuras; la inmolación del Calvario, única realidad; valor infinito de esta oblación. - III. La Eucaristía se reproduce y renueva por el sacrificio de la misa. IV. Frutos inagotables del sacrificio del altar; homenaje de perfecta adoración; sacrificio de propiciación plenaria; única acción de gracias digna de Dios; sacrificio de poderosa impetración - V. Intima participación en la oblación del altar por la identificación de nosotros mismos con Cristo, pontífice y víctima.

En todas las páginas que preceden he procurado demostraros cómo Dios quiere hacernos partícipes de su vida y cómo la gracia de Cristo, constituyéndonos en hijos de Dios, es el principio de la vida divina en nosotros. El Bautismo nos dio esa gracia, que es en general la vida sobrenatural y como el río divino en su manantial. Hay obstáculos que se oponen al desarrollo de esa vida y al crecimiento de ese río; ya os he dicho que es preciso vencerlos. Finalmente, en las dos últimas conferencias os

he expuesto cuáles son las leyes generales que determinan el sostén de esa vida en nuestras almas, y la medida de su acrecentamiento, esto es, permanecer unidos a Cristo por la gracia santificante, y hacer todas y cada una de nuestras acciones por lagloria de su Padre, con intención recta y movimiento intenso de caridad. Esta ley se extiende a toda nuestra actividad, y abarca - todas nuestras obras, de cualquier naturaleza que sean.

Cuando un alma ha comprendido la grandeza de esta vida y se ha enterado que su principio está en la unión con Cristo por la fe y por la caridad, aspira a la perfección de esa unión; anhela la plenitud de esa vida, que debe, según el pensamiento eterno de Dios, poseer en sí. ¿No será sueño o ilusión esta perfección?, se pregunta el alma. No, no es sueño; puede y debe ser una realidad, por sublime que sea. «Lo que parece imposible a los hombres, es fácil a Dios[1]».

Es cierto, en efecto, que todos los esfuerzos de la naturaleza humana abandonada a sí misma, lejos de Cristo, no pueden hacernos avanzar un paso en la realización de esa unión,

1. MATT., XIX, 26.

ni en el origen y desarrollo de la vida que la unión engendra. Dios sólo es el que nos da el germen y crecimiento; es necesario, indispensable, como dice san Pablo[2], que nosotros plantemos y reguemos; pero los frutos de vida no se producen sino por la savia de la gracia divina que Dios hace correr por nosotros.

Dios nuestro Señor nos da incomparables medios de mantener esa savia, pues si en cuanto es Bondad infinita y soberanamente eficaz, quiere hacernos participantes de su naturaleza y felicidad, como Sabiduría eterna, proporciona también los medios para el fin, con una virtud y valor a los que nada iguala si no es la dulzura con que ella obra[3].

Luego, si después de haber considerado como Dios nos da el Bautismo, el germen de esta vida y las primicias de esta unión, y la ley general que rige el acrecentamiento, deseamos conocer, en particular, los medios que Dios nos ofrece para ello, veremos que se reducen principalmente a la oración y a la recepción del Sacramento de la Eucaristía.

---

2. I Cor., III, 6.
3. Sap., VIII, 1.

Dios tiene hecho compromiso con el alma que se dirige a Él: «Si pedís alguna cosa a mi Padre en mi nombre, dice Jesús, os la concederá»; y así añade: «Pedid y recibiréis, a fin de que vuestra alegría sea perfecta»; y esta alegría es la alegría de Cristo[4], la alegría de su gracia, la alegría de su vida, la cual, como río divino, nace de Él y viene a nosotros para regocijarnos[5].

La Eucaristía es el otro medio mucho más poderoso aún En la oración; Dios comunica sus dones con ciertas condiciones; en el sacramento de la Eucaristía, es Dios, el mismo Cristo, quien se da a nosotros; la Eucaristía es propiamente el sacramento de la unión que alimenta y mantiene la vida divina en nosotros. A ella se refiere particularmente lo que dijo Nuestro Señor: «Yo he venido para dar a las almas la abundancia de la vida[6]». Al recibir a Cristo en la comunión, nos unimos a la vida misma.

Pero antes de darse al alma en alimento, Cristo se inmola, puesto que no se hace pre-

---

4. Joan., XVI, 23-24.
5. *Salmo* XLV, 5.
6. Joan., X, 10.

sente bajo las especies sacramentales sino en el sacrificio de la Misa. Por esta razón, debo, en primer lugar, tratar de la oblación del altar, y diferir para la próxima conferencia hablaros de la comunión eucarística.

Digamos, pues, lo que es el sacrificio de la Misa y el poder de transformación en Jesús que contiene para nuestras almas.

Este tema es inefable; aun el sacerdote; para quien el sacrificio eucarístico es como el centro y el sol de su existencia, es incapaz de dar a comprender con su palabra las maravillas que el amor de Cristo ha acumulado en él Todo lo que el hombre, criatura, pueda decir, de ese misterio, salido del corazón de un Dios, queda tan por debajo de la realidad, que después de decir todo cuanto se sabe de él, parece que no se ha dicho nada. Y este misterio es tan santo y elevado, que no hay asunto que el sacerdote ame tanto y al mismo tiempo tema tanto tratar.

Pidamos a la fe que nos ilumine, pues el sacrificio eucarístico es por excelencia un misterio de fe, mysterium *fidei;* y así, para comprender algo de él, preciso es recurrir a Cristo, repitiéndole las palabras de san Pedro, cuando Jesús anunció este misterio a los judíos, y varios de

sus discípulos, le abandonaron escandalizados: «¿A quién iremos, Señor; tú tienes palabras que nos llevan a la vida eterna[7]», y sobre todo, creamos al amor, como dice san Juan[8]. Nuestro Señor quiso instituir este sacramento en el instante en que iba a darnos, por su Pasión, el testimonio más grande de su amor para con nosotros, y quiso que se perpetuase entre nosotros, «en memoria de Él»; es como su último pensamiento y el testamento de su sagrado corazón[9].

I

El Concilio de Trento, como sabéis, definió que la Misa es «un verdadero sacrificio», que recuerda y renueva la inmolación de Cristo en el Calvario. La Misa es ofrecida como «un verdadero sacrificio[10]». En «ese divino sacrificio», que se realiza en la Misa, está contenido e inmolado, de una manera incruenta, el mismo Cristo que sobre el altar de la Cruz se ofreció de un modo

7. *Ibíd.*, VI, 68.
8. *Ibíd.*, IV, 16.
9. I. Cor., XI, 24.
10. Sess. XXII, can. 1.

cruento. No hay, por consiguiente, más que una sola víctima; el mismo Cristo que se ofreció sobre la Cruz, es ofrecido ahora por el ministerio de los sacerdotes; la diferencia, pues, consiste en el modo de ofrecerse e inmolarse[11].

El sacrifico del altar, según acabáis de ver por el Concilio de Trento, renueva esencialmente el del Gólgota, y no hay más diferencia que la del modo de oblación. Pues si queremos comprender la grandeza del sacrificio que se ofrece en el altar, debemos considerar un instante lo que constituye el valor de la inmolación de la Cruz, es decir, la dignidad del pontífice y la de la víctima, de donde ese valor se deriva; por eso vamos a decir unas palabras del sacerdocio y del sacrifico de Cristo.

Todo sacrificio verdadero supone un sacerdocio, es decir, la institución de un ministro encargado de ofrecerlo en nombre de todos. -En la ley judía, el sacerdote era elegido por Dios de la tribu de Aarón y consagrado al servicio del Templo por una unción especial. Pero en Cristo el sacerdocio es trascendental; la unción que le consagró pontífice máximo es completamente singular; es la gra-

---

11. *Ibíd.*, cap. 2.

cia de unión que, en el momento de la Encarnación, une a la persona del Verbo, la humanidad que ha escogido. El Verbo encarnado es «Cristo», que significa «ungido» , no con una unción externa, como la que servía para consagrar a los reyes, profetas y sacerdotes del Antiguo Testamento, sino por la divinidad, que se extiende sobre la humanidad, según dice el Salmista, «como aceite delicioso[12]».

Jesucristo es «ungido», consagrado y constituído sacerdote y pontífice, es decir, mediador entre Dios y los hombres, por la gracia que le hace Hombre-Dios, Hijo de Dios, y en el momento mismo de esa unión; y de esta suerte quien le constituye pontífice máximo es su Padre. Escuchemos lo que dice san Pablo: «Cristo no se glorificó a sí mismo para llegar a ser pontífice, sino que Aquel que le dijo (en el día de la Encarnación): "Tú eres mi Hijo; Yo te he engendrado hoy", le llamó para establecerle sacerdote del Altísimo[13]».

De ahí, pues, que, por ser el Hijo único de Dios, Cristo podrá ofrecer el único sacrificio digno de Dios. Y nosotros oímos al Padre Eter-

---

12. *Salmo* XLIV, 8.

13. HEBR, V, 5; cf. 6 y VII, 1.

no ratificar por un juramento esta condición y dignidad de pontífice: «El Señor lo juró, y no se arrepentirá de ello: Tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedech[14]. ¿Por qué es Cristo sacerdote eterno? -Porque la unión de la -divinidad y de la humanidad en la Encarnación, unión que le consagra pontífice, es indisoluble: «Cristo, dice san Pablo, posee un sacerdocio sin fin, porque Él permanece siempre[15].»

Y ese sacerdocio es según «el orden», es decir, la semejanza «del de Melquisedech». San Pablo recuerda ese personaje misterioso del Antiguo Testamento, que representa, por su nombre y por su ofrenda de pan y vino, el sacerdocio y el sacrificio de Cristo. Melquisedech significa «Rey de justicia», y la sagrada Escritura nos dice que era «Rey de Salem[16]», que quiere decir «Rey de paz». Jesucristo es Rey; Él afirmó, en el momento de su Pasión, ante Pilatos, su reino: «Tú lo has dicho[17]»; es rey de justicia porque cumplirá

---

14. *Salmo* CIX, 4.
15. HEBR., VII, 3.
16. GEN., XIV, 18; Hebr., VII, 1.
17. JOAN., XVIII, 37.

toda justicia; es rey de paz[18], y vine para restablecerla en el mundo entre Dios y los hombres, y precisamente en su sacrificio fue donde la justicia, al fin satisfecha, y la paz, ya recobrada, se dieron el beso de reconciliación[19].

Lo veis bien: Jesús, hecho, en el momento de la Encarnación, Hijo de Dios, es el pontífice máximo y eterno y el mediador soberano entre los hombres y su Padre; Cristo es el pontífice por excelencia. Así, pues, su sacrificio entraña, como su sacerdocio, un carácter de perfección única y de valor infinito.

II

Jesucristo comienza la obra de su sacerdocio desde la Encarnación. «Todo pontífice está, en efecto, instituido, para ofrecer dones y sacrificios[20]»; por eso convenía, o mejor dicho, era necesario que Cristo, pontífice supremo, tuviera también alguna cosa que ofrecer. ¿Qué es lo que va a ofrecer? ¿Cuál es la

---

18. Isa., IX, 6.
19. *Salmo* LXXXIV, 11.
20. Hebr., V, 1.

materia de su sacrifico? Veamos y consideramos lo que se ofrecía antes de Él.

El sacrificio pertenece a la esencia misma de la religión; es tan antiguo como ella.

Desde que hay criaturas, parece justo y equitativo que reconozcan la soberanía divina; en eso consiste uno de los elementos de la virtud de religión, que es, a su vez, una manifestación de la virtud de justicia. Dios es el ser subsistente por si mismo y contiene en sí toda la razón de ser de su existencia; es el ser necesario, independiente de todo otro, ser, mientras que la esencia de la criatura consiste en depender de Dios. Para que la criatura exista, salga de la nada y se conserve en la existencia; para que luego pueda desplegar su actividad, necesita el concurso de Dios. Para estar, pues, *en la verdad* de su naturaleza, la criatura debe confesar y reconocer esta dependencia; y esta confesión y reconocimiento es la adoración; luego, adorar es reconocer en humildad la soberanía dé Dios: «Venid, adoremos al Señor y postrémonos ante Él... Porque Él nos ha formado y no nosotros a nosotros mismos[21].

21. *Salmo* XCIV, 6, y *Salmo* XCIX, 3.

A decir verdad, en presencia de Dios, nuestra humillación debería ir hasta el anonadamiento, lo cual constituiría el homenaje supremo, aunque éste no podría declarar con entera verdad nuestra clarísima condición de criatura y la trascendencia infinita del Ser divino: Mas cómo Dios nos ha dado la existencia, no tenemos derecho a destruirnos por la inmolación de nosotros mismos, por el sacrificio de nuestra vida. El hombre substituye desde luego, en su lugar, criaturas, principalmente las que sirven al sostenimiento de su existencia, como el pan, el vino, los frutos, los animales[22]. Por la ofrenda, la inmolación o la destrucción de esas cosas, el hombre reconoce la infinita majestad del Ser supremo, y eso es el sacrificio. Después del pecado, ha venido a unirse un carácter expiatorio a las demás nociones del sacrificio.

Los primeros hombres ofrecían frutos, e inmolaban lo mejor que tenían en sus rebaños, para testimoniar así que Dios era dueño soberano de todas las cosas.

Más tarde, Dios mismo determinó las formas del sacrificio en la ley mosaica. Había, en

---

22. Secreta del Jueves después del Domingo de Pasión.

primer lugar, los holocaustos, sacrificios de adoración: la víctima era enteramente consumida; habia los sacrificios pacíficos, de acción de gracias o de petición: una parte de la víctima era quemada, otra reservada a los sacerdotes, y la tercera se daba a aquellos por quienes se ofrecía el sacrificio; había, finalmente, los más importantes de todos, los sacrificios expiatorios por el pecado.

Todos estos sacrificios, dice san Pablo, no eran más que figuras[23]; imperfectos y pobres rudimentos[24]»; no agradaban a Dios sino en cuanto representaban el sacrificio futuro, el único que pudo ser digno de Él; el sacrificio del Hombre-Dios sobre la Cruz[25].

De todos los símbolos, el más expresivo era el sacrificio de expiación, ofrecido una vez al año por el gran sacerdote en nombre de todo el pueblo de Israel, y en el cual la víctima substituía al pueblo[26]. ¿Qué vemos; en efecto? Una víctima presentada a Dios por

---

23. I Cor., X, 11.
24. Gal., IV, 9.
25. *Deus... legalium differentiam hostiarum unius sacrificii perfectione sanristi.* Secreta del 7.º Domingo después de Pentecostés.
26. Levit., XV, 9 y 16.

el sumo sacerdote. Éste, revestido de los ornamentos sacerdotales, impone primero las manos sobre la víctima, mientras la muchedumbre del pueblo está posternada en actitud de adoración. Qué significaba este rito simbólico? -Que la víctima substituía a los fieles; representábalos delante de Dios, cargada, por decirlo así, con todos los pecados del pueblo[27]. Luego la víctima es inmolada por el sumo sacerdote, y este golpe, esta inmolación hiere moralmente a la multitud, que reconoce y deplora sus crímenes delante de Dios, dueño soberano de la vida y de la muerte. Después, la víctima, puesta sobre la pira, es quemada y sube ante el trono de Dios, *in odorem suavitatis*, símbolo de la ofrenda que el pueblo debía hacer de sí mismo a Aquel que es, no sólo su primer principio, sino también su *Último fin. El* sumo sacerdote, habiendo rociado los ángulos del altar con la sangre de la víctima, penetra en el santo de los santos para derramarla también delante del arca de la Alianza y a continuación, de este sacrificio, Dios renovaba el pacto de amistad establecido con su pueblo.

27. Dos mismo, en el Levítico, había declarado que era Él el autor de esta substitución. Levit., XVII, 11.

Todo esto, ya os lo he dicho, no era más que símbolo. ¿Dónde, pues, está la realidad? - En la inmolación sangrienta de Cristo en el Calvario. Jesús, dice san Pablo, se ha ofrecido Él mismo a Dios por nosotros como una oblación y un sacrificio de agradable olor[28]. Cristo ha sido mostrado por Dios a los hombres como la víctima propiciatoria[29].

Pero notad bien que, en la Cruz, Cristo Jesús acaba su sacrificio. Lo inauguró desde su Encarnación, aceptando el ofrecerse a sí mismo por el género humano. -Ya sabéis que el más mínimo padecimiento de Cristo, considerado en sí mismo, hubiera bastado para salvar al género humano; siendo Dios, sus acciones tenían, a causa de la dignidad de la persona divina, un valor infinito. Pero el Padre Eterno ha querido, en su sabiduría incomprensible, que Cristo nos rescatase con una muerte sangrienta en la Cruz[30]. Ahora bien, nos dice expresamente san Pablo que este decreto de la adorable voluntad de su Padre, Cristo lo acepto desde su entrada en el mundo. Jesucristo, en .el momento de la Encar-

28. Ephes., V, 2.
29. Rom., III, 25.
30. Ver págs. 55-56.

nación, vio con una sola mirada todo cuanto había de padecer por la salvación del género humano, desde el pesebre hasta la cruz, y entonces se consagró a cumplir enteramente el decreto eterno, e hizo la ofrenda voluntaria de su propio cuerpo para ser inmolado. Oigamos a san Pablo: «Cristo, entrando en el mundo, dice a su Padre: No quisiste ni víctimas ni ofrendas, pero me adaptaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni sacrificios por el pecado. Entonces dije: Heme aquí... Vengo, oh Dios mío, a hacer tu voluntad[31]. Y habiendo comenzado así la obra de su sacerdocio por la perfecta aceptación de la voluntad de su Padre y la oblación de sí mismo, Jesucristo consumó el sacrificio en la Cruz con una muerte sangrienta. Inauguró su pasión renovando el don total que había hecho en el momento de la Encarnación. «Padre, dijo al ver el cáliz de dolores que se le presentaba, no lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres»; y su última palabra ante de expirar será: «Todo está cumplido[32]».

Considerad por algunos instantes este sacrificio, y Veréis que Jesucristo realizó el acto

31. HEBR., X, 5 y 8-9.
32. JOAN., XIX, 30.

más sublime y rindió á Dios su Padre el homenaje más perfecto. -El pontífice es, Él, Dios-Hombre, Hijo muy amado. Es verdad que ofreció el sacrificio en la naturaleza humana, puesto que sólo el hombre puede morir; es verdad también que esta oblación fue limitada en su duración histórica; pero el pontífice que la ofrece es una persona divina, y esta dignidad confiere a la inmolación un valor infinito. -La víctima es santa, pura, inmaculada, pues es el mismo Jesucristo; Él, cordero sin mancha, que con su propia sangre, derramada hasta la última gota como en los holocaustos, borra los pecados del mundo. Jesucristo ha sido inmolado en vez de nosotros; nos ha substituído; cargado de todas nuestras, iniquidades, se hizo víctima por nuestros pecados[33]. -Jesucristo, en fin, ha aceptado y ofrecido este sacrificio con una libertad llena de amor: «No se le ha quitado la vida sino porque Él ha querido[34]»; y Él , ha querido únicamente «porque ama a su Padre[35]».

Esta inmolación de un Dios, inmolación voluntaria y llena de amor, ha obrado la salva-

---

33. Isa., LIII, 6.
34. Joan., V, 18.
35. *Ibíd.*, XIV, 31.

ción del género humano: la muerte de Jesús nos rescata, nos reconcilia con Dios, restablece la alianza de donde se derivan para nosotros todos los bienes, nos abre las puertas del cielo, nos hace herederos de la vida eterna. Este sacrificio basta ya para todo; por eso, cuando Jesucristo muere, el velo del templo de Israel se rasga por medio, para mostrar que los sacrificios: antiguos quedaban abolidos para siempre, y reemplazados por el único sacrificio digno de Dios. En adelante, no habrá salvación, no habrá santidad, sino participando del sacrificio de la Cruz, cuyos frutos son inagotables: «Por esta oblación única, dice san Pablo, Cristo ha procurado *para siempre* la perfección a los que han de ser santificados[36]».

III

No os extrañéis que me haya extendido tratando del sacrificio del Calvario; esta inmolación se reproduce en el altar: el sacrificio de la Misa es el mismo que el de la Cruz. No puede haber, en efecto, otro sacrificio, sino el del

---

36. HEBR., X, 14.

Calvario; esta oblación es única, dice san Pablo; ella basta plenamente, pero Nuestro Señor ha querido que se continúe en la tierra para que sus méritos sean aplicados a todas las almas.

¿Cómo ha realizado Jesucristo esta voluntad, puesto que ya subió a los cielos? Es verdad que sigue siendo eternamente el Pontífice por excelencia pero; por el sacramento del Orden, ha escogido ‘a ciertos hombres, a quienes hace participantes de su sacerdocio. Cuando el obispo extiende, en la ordenación, las manos para consagrar a los sacerdotes, la voz de los ángeles repite sobre cada uno: «Tú eres sacerdote para siempre; el carácter sacerdotal que recibes, nunca te será quitado; ese carácter lo recibes de manos de Jesucristo, y su Espíritu te llama para hacer de ti el ministro de Jesucristo». Jesucristo va a renovar su sacrificio, por medio de los hombres.

Veamos lo que se verifica en el altar. ¿Qué es lo que vemos? -Después de algunas oraciones preparatorias y algunas lecturas, el sacerdote ofrece el pan y el vino: es la «ofrenda» u «ofertorio»; esos elementos serán muy pronto transformados en el cuerpo y en la sangre de Nuestro Señor. El sacerdote invita luego a los

fieles y a los espíritus celestiales a rodear el altar, que va a convertirse en un nuevo Calvario, a acompañar con alabanzas y homenajes la acción santa. Después, de lo cual, entra silenciosamente en comunicación más intima con Dios; llega el momento de la consagración: extiende las manos sobre las ofrendas, como el sumo sacerdote lo hacía en otro tiempo sobre la víctima que iba a inmolar; recuerda todos los gestos y todas las palabras deJesucristo en la última cena, en el momento de instituir este sacrificio: «En el día antes de padecer», después identificándose con Jesucristo, pronuncia las palabras rituales: «Éste es mi cuerpo», «Ésta es mi sangre»... Estas palabras obran el cambio del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo. Por su voluntad expresa y su institución formal, Jesucristo se hace presente, real y sustancialmente, con su divinidad y su humanidad, bajo las especies, que permanecen y le ocultan a nuestra vista.

Pero, como sabéis, la eficacia de esta fórmula es más extensa: por estas palabras, se realiza el sacrificio. En virtud de las palabras: «Éste es mi cuerpo», Jesucristo, por mediación del sacerdote, pone su carne bajo las especies del pan; por las palabras: «Ésta es mi sangre»,

pone su sangre bajo las especies del vino. Separa de ese modo místicamente su carne y su sangre, que, en la Cruz, fueron físicamente separadas y cuya separación llevó consigo la muerte. Después de su resurrección, Jesucristo no puede ya morir[37]; la separación del cuerpo y de la sangre, que se verifica en el altar, es mística. «El mismo Cristo que fue inmolado sobre la Cruz es inmolado en el altar; aunque de un modo diferente»; y esta inmolación, acompañada de la ofrenda, constituye un verdadero sacrificio[38].

La comunión consume el sacrificio; es el último acto importante de la Misa.El rito de la manducación de la víctima acaba de expresar la idea de substitución, y sobre todo, de alianza; que se encuentra en todo sacrificio. Uniéndose tan íntimamente a la víctima que le ha substituído, el hombre aumenta su inmolación, si así puede decirse; siendo la hostia una cosa santa y sagrada, al comerla, uno se apropia, en cierto modo, la virtud divina que resulta de su consagración.

En la Misa, la víctima es el mismo Jesucristo, Dios y Hombre; por eso la comunión es

37. Rom., VI, 9.
38. Concil. Trid., Sess. XXII, cap. 2.

por excelencia el acto de unión a la divinidad; es la mejor y más íntima participación de los frutos de alianza y de vida divina que nos ha procurado la inmolación de Cristo.

Así, pues, la Misa no es sólo una simple representación del sacrificio de la Cruz; no tiene únicamente el valor de un simple recuerdo, sino que es un verdadero sacrificio, el mismo del Calvario, el cual reproduce y prolonga, y cuyos frutos aplica.

IV

Los frutos de la Misa son inagotables, porque son los frutos mismos del sacrificio de la Cruz. El mismo Jesucristo es quien se ofrece por nosotros a su Padre. Es verdad que después de la Resurrección no puede ya merecer; pero ofrece los méritos infinitos adquiridos en la Pasión; y los méritos y las satisfacciones de jesucristo conservan siempre su valor, al modo como conserva siempre, juntamente con el carácter de pontífice supremo y de mediador universal, la realidad divina de su sacerdocio. Ahora bien, después de los sacramentos; en la Misa es donde, según el Santo Concilio de Trento, tales

méritos nos son particularmente aplicados con mayor plenitud[39]. Y por eso, todo sacerdote ofrece cada Misa; no sólo por sí mismo, sino «por todos los que a ella asisten, por todos los fieles, vivos y difuntos[40]». ¡Tan extensos e inmensos son los frutos de este sacrificio, tan sublime es la gloria que procura a Dios!

Cuando, pues, sintamos el deseo de reconocer la infinita grandeza de Dios y de ofrecerle, a pesar de nuestra pobreza de criaturas, un homenaje que sea indudablemente aceptado, ofrezcamos el santo sacrificio, o asistamos a él, y presentemos a Dios la divina víctima: el Padre Eterno recibe de ella, como en el Calvario, un *homenaje de valor infinito*, un homenaje perfectamente digno de sus inefables perfecciones.

Por Jesucristo, Dios y Hombre, inmolado en el altar, se da al Padre todo honor y toda gloria[41]. No hay, en la religión, acción que calme

---

39. Sess. XXII, cap. II.
40. *Suscipe, santae Pater omnipotens... hanc immaculatam hostiam... pro omnibus circumstantibus, sed et pro omnibus fidelibus christianis vivis atque defunctis: ut mihi et illis proficiat ad salutem in vitam aeternam.*
41. "Ordiniario" de la Misa.

tanto al alma convencida de su nada, y ávida, no obstante esto, de rendir a Dios homenajes de algún modo dignos de la grandeza divina. Todos los homenajes reunidos de la creación y del mundo de los escogidos, no dan al Padre Eterno tanta gloria como la que recibe de la ofrenda de su Hijo. Para llegar a comprender el valor de la Misa, es necesaria la fe, esa fe que es a modo de participación del conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de las cosas divinas. A la luz de la fe, podemos considerar el altar, tal como lo considera el Padre celestial. ¿Qué es lo que ve el Eterno Padre sobre el altar en que se ofrece el santo sacrificio? Ve «al Hijo de su amor[42]», al Hijo de sus complacencias, presente, con toda verdad y realidad, y renovando el sacrificio de la Cruz. El precio y valor de las cosas mídelo Dios en proporción de la gloria que éstas le tributan; pues bien, en este sacrificio, como en cl Calvario recibe una gloria infinita por mediación de su amado Hijo; de suerte que no pueden ofrecerse a Dios homenajes más perfectos que éste, que los contiene y excede a todos.

El santo sacrificio es también *fuente de con fianza y de perdón.*

---

42. Sess. XXII, cap. 2.

Cuando nos abate el recuerdo de nuestras faltas y procuremos repara nuestras ofensas y satisfacer con más creces a la justicia divina, para que nos absuelva de las penas del pecado, no hallamos medio más eficaz ni más consolador que la Misa. Oíd lo que a este propósito dice el Concilio de Trento:«Mediante esta oblación de la Misa, Dios, aplacado, otorga la gracia y el don de la penitencia; perdona los crímenes y los pecados, aun los más horrendos[43]». ¿Quiere esto decir que la Misa perdona directamente los pecados?-No, ése es privilegio reservado únicamente al sacramento de la Penitencia y a la perfecta contrición; pero la Misa contiene abundantes y eficaces gracias, que iluminan al pecador y le mueven a hacer actos de arrepentimiento y de contrición, que le llevarán a la penitencia y por ella le devolverán la amistad con Dios[44]. Si esto puede decirse con verdad del pecador a quien aún no

---

43. Si así podemos expresarnos, la Eucaristía como Sacramento procura (o, si se quiere, tiene por fin primario) la gracia *in recto* (directa o fromalmente), y la gloria de Dios *in obliquio* (indirectamente), en tanto que el santo sacrificio procura *in recto* la gloria de Dios, e *in obliquo* la gracia de la penitencia y de la contrición por los sentimientos de compunción que excita en el alma.
44. Concil. Trid., XXII, c. I.

ha absuelto la mano del sacerdote con sobrada razón podrá decirse de las almas justificadas, que anhelan una satisfacción tan completa como sea posible de sus faltas y que llegue a colmar el deseo que tienen de repararlas. ¿Por qué así? Porque la Misa no es solamente un sacrificio laudatorio o un mero recuerdo del de la Cruz; es *verdadero sacrificio de propiciación,* instituido por Jesucristo «para aplicarnos cada día la virtud redentora de la inmolación de la Cruz[45]». De ahí que veamos al sacerdote, bien que posesionado de la amistad de Dios, ofrecer este sacrificio «por sus pecados, sus ofensas y sus negligencias sin número». La divina víctima *aplaca a Dios y nos le hace propicio.* Por tanto, cuando la memoria de nuestras faltas nos acongoja, ofrezcamos este sacrificio: en él se inmola por nosotros Jesucristo: «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo» y que «renueva, cuantas veces se sacrifica, la obra de nuestra redención[46]». ¡Qué confianza, pues, no debemos tener en este sacrificio expiatorio! Por grandes que sean nuestras ofensas y nuestra ingratitud, una sola

45. Secreta del Domingo IX después de Pentecostés.
46. *Salmo* LXXII, 10.

Misa da más gloria a Dios que deshonra le han inferido, digámoslo así, todas nuestras injusticias. «¡Oh Padre Eterno, dignaos echar una mirada sobre este altar, sobre vuestro Hijo, que me ama y se entregó por Mi sobre la cima del Calvario, y que ahora os presenta en favor *mío* sus infinitas satisfacciones, y dad al olvido las faltas que yo cometí contra vuestra soberana bondad! Os ofrezco esta oblación, en la que encontráis vuestras complacencias, como reparación de todas las injurias infligidas a vuestra divina majestad». Semejante

oración indudablemente será atendida por Dios, por cuanta se apoya en los méritos de su Hijo, que por su Pasión todo ha expiado[47].

Otras veces se apodera de nosotros la memoria de las misericordias del Señor: el beneficio de la fe cristiana que nos ha abierto el camino de la salvación y hecho participantes de todos los misterios de Cristo, en espera de la herencia de la eterna bienaventuranza; una muchedumbre de gracias que desde el Bautismo se han ido encadenando en el camino de toda nuestra vida. Al echar una mirada retrospectiva, el alma siéntese como abrumada a la

47. Cf. Rom., V, 8-9.

vista de las gracias innumerables de que Dios, a manos llenas, la ha colmado; y entonces, fuera de sí por verse objeto de la divina complacencia, exclama: «Señor, ¿qué podré daros yo, miserable criatura, en cambio de tantos beneficios? ¿Qué os daré que no sea indigno de Vos? Sin embargo de ello, aunque Vos «no tengáis necesidad de mis bienes[48]», justo es que os muestre gratitud a vuestra infinita liberalidad para conmigo; siento esta necesidad en lo íntimo de mi ser; « ¿cómo, pues, satisfacerla, Señor y Dios mío, de. una manera digna a la vez de vuestra grandeza y de vuestros beneficios?[49]». Tal es la exclamación del sacerdote después de la sunción de la Hostia. Y, ¿cuál es la respuesta que en sus labios pone la Iglesia? «Tomaré el cáliz de la salud» ... La Misa es *la acción de gracias por excelencia, la* más perfecta y la más grata que a Dios ofrecer pudiéramos. Leemos en el Evangelio que, antes de instituir este sacrificio, Nuestro Señor «dió gracias» a su Padre: εὐχαριστήσας. San Pablo usa de la misma expresión, y la Iglesia ha conservado este término con preferencia a cual-

48. *Salmo* XV, 2.
49. *Ibíd.* CXV, 12.

quier otro, sin querer con esto excluir los otros tres caracteres de la Misa, para significar la oblación del altar: sacrificio, eucarístico, esto es, sacrificio de acción de gracias. Ved cómo, en todas las misas luego del ofertorio y antes de proceder a la consagración, el sacerdote, a ejemplo de Jesucristo, entona un cántico de acción de gracias: «Verdaderamente es digno y justo de nuestro deber, y saludable, Señor santo Dios omnipotente, tributaros siempre y en todo lugar acciones de gracias... Por Jesucristo Señor nuestro[50]». Tras esto, inmola la Víctima Sacrosanta: Ella es quien rinde las debidas gracias por nosotros y quien reconoce en su justo valor, pue Jesús es Dios, los beneficios todos que desde el cielo, y del seno del Padre de las luces, bajan sobre nosotros[51]; por mediación de Jesucristo, ellos han llegado hasta nosotros, y por Él asimismo, toda la gratitud del alma se remonta hasta el trono divino.

Finalmente, la Misa es sacrificio *de impetración.* Nuestra indigencia no tiene limites: necesidad tenemos incesantemente de luz, de fortaleza y de consuelo: pues en la Misa es

50. Prefacio de la Misa.
51. SANTIAGO, I, 17.

donde hallaremos todos estos auxilios. -Porque, en efecto, en este sacramento está realmente Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo; Yo soy el camino; Yo soy la verdad, Yo soy la vida. Venid a Mí todos los que andáis trabajados, que Yo os aliviaré. Si alguien viniere a Mí, no lo rechazaré[52]». Él es el mismo Jesús, que «pasó por doquier haciendo bien[53]»; que perdonó a la Samaritana, a Magdalena y al Buen Ladrón, pendiente ya en la Cruz; que libraba a los presos, sanaba a los enfermos, restituía la vista á los ciegos y el movimiento a los paralíticos; el mismo Jesús que permitió a san Juan reclinar su cabeza sobre su sagrado corazón. Con todo, es de advertir, que en el altar se halla en modo y a título especial, a saber, como víctima sacrosanta que se está ofreciendo a su Padre por nosotros; inmolado y, así y todo, vivo y rogando por nosotros[54]. Ofrenda también sus infinitas satisfacciones para obtenernos las gracias que nos son necesarias para mantener la vida espiritual en nuestras almas; apoya nuestras peti-

---

52. Joan., VI, 37.
53. Act., X, 38.
54. Hebr., VII, 25.

ciones y nuestras súplicas con sus valiosos méritos; así que nunca estaremos más ciertos que en este momento propicio de alcanzar las gracias que necesitamos. El altar en que Cristo se ofrece y se inmola, es, en verdad, como dice san Pablo, al hablar precisamente del «Pontífice soberano que penetró por nosotros en los cielos y que está lleno de piedad para con aquellos a quienes se digna llamar hermanos suyos», es digno, el altar, «el trono de la gracia, al que debemos acercarnos con plena confianza, a fin de alcanzar la gracia y ser socorridos en la hora oportuna[55]».

Notad estas palabras de san Pablo: *Cum fiducia:* «confianza», es la condición imprescindible para ser atendido. Hemos, pues, de ofrecer el santo sacrificio, o asistir a él, con fe y confianza. No obra en nosotros este sacrificio a la manera de los sacramentos, *ex opere operato; sus frutos* son inagotables, pero se miden, en gran parte, en vista de nuestras disposiciones interiores. En cada Misa hay para nosotros infinitos logros posibles de perfección y de santidad; mas la medida de gracias que en ella recibimos es

---

55. HEBR., IV 16.

en proporción a nuestra fe y a nuestro amor. Habréis reparado en que cuando el celebrante hace memoria, antes de la consagración, de aquellos que quiere recomendar a Dios, termina mencionando «a todos los asistentes», pero con la particularidad de que indica las disposiciones propias de cada uno. «Acordaos, Señor... de todos los fieles aquí presentes, cuya fe y devoción os son conocidas[56]». Estas palabras nos dicen que las gracias que fluyen de la Misa nos son otorgadas en la medida de la intensidad de nuestra fe y de la sinceridad .de nuestra devoción. Tocante a la fe, ya os he dicho lo que es; mas esa nota *devotio, ¿qué* puede ser? -No es otra cosa que la entrega pronta y completa de todo lo que en nosotros no existe, a Dios, a su voluntad y a su servicio; a Dios, único que escudriña el fondo de nuestros corazones y ve si nuestro deseo y nuestra voluntad de serle fieles y de ser todo para Él son sinceros. Caso de que así sea, formaremos parte de aquellos «cuya fe y devoción os son conocidas», por quienes el sacerdote ora especialmente y que harán abundante

56. Cant. Miss.

acopio del, tesoro o méritos infinitos que por ellos ofreció Jesucristo.

Si, pues, tenemos la convicción profunda de que todo nos viene del Padre celestial por mediación de Jesucristo, que Dios ha depositado en Él todos los tesoros de santidad a que los hombres pueden aspirar, que este mismo Jesús está sobre el altar, con todos estos tesoros, no sólo presente, sino también ofreciéndose por nosotros a la gloria de su Padre, tributándole de este modo el homenaje más perfecto que ser pudiera de su agrado, y obrando la renovación del sacrificio de la Cruz, a fin de que así continúe y nos sea aplicada su soberana eficacia; si tenemos, repito, esta convición profunda, en nuestro poder está pedir y también alcanzar toda suerte de gracias. Porque, en estos solemnes momentos, es lo mismo que si nos halláramos en compañía de la Santísima Virgen, de san Juan y de la Magdalena, al pie de la Cruz, y a la boca misma de la fuente de donde mana toda salud y toda redención. ¡Ah, si conociésemos el don de Dios!... ¡Si supiésemos de qué tesoros disponemos y que podríamos utilizar en favor nuestro y de la Iglesia universal.!;...

V

Sin embargo de ello, no debemos detenernos aquí, si ansiamos investigar cumplidamente las intenciones que tuvo Jesucristo al instituir el santo sacrificio, las mismas que expresa la Iglesia, Esposa suya, en las ceremonias y palabras que acompañan a la oblación. Valiéndonos de este divino sacrificio, podemos, ya os lo he dicho, presentar a Dios un acto de adoración perfecto, solicitar la entera remisión de nuestras faltas, tributarle dignas acciones de gracias, y obtener la luz y fortaleza que necesitamos. Pero, con todo, estas disposiciones del alma, por excelentes que sean, es posible que no pasen de actos y disposiciones de un mero espectador que asiste con devoción, mas sin tomar parte activa en la acción santa.

Hay una participación más íntima, a cuya realización debemos excitarnos. ¿Qué participación es ésta? -No otra que la de identificarnos, lo más completamente que sea posible, con Jesucristo en su doble calidad de pontífice y de víctima a fin de transformanos en Él. ¿Es esto hacedero? -Ya os dije que en el instante mismo de la Encarnación, Jesucristo quedó consagra-

do pontífice, y que sólo en cuanto hombre pudo ofrecerse a Dios en holocausto. Así, pues, en su Encarnación, el Verbo asoció a sus misterios y hasta su Persona, por mística unión, a la humanidad entera; es ésta una verdad que detenidamente dejo expuesta y que deseo tengáis siempre presente. Toda la humanidad constituye un cuerpo místico cuya cabeza es Cristo, una sociedad cuya parte principal Él ocupa y cuyos miembros somos nosotros. Es un principio que los miembros no pueden separarse de la cabeza ni ser ajenos a su acción. La acción por excelencia de Jesucristo, que resume toda su vida y le da terminantemente todo su valor, es su sacrificio. Al modo que asumió en sí nuestra naturaleza humana, excepto el pecado, de igual manera quiere hacernos participar del misterio capital de donde proviene toda vida. Sin duda que no estábamos corporalmente en el Calvario cuando Él se inmoló por nosotros, después de haberse sustituido en lugar nuestro; mas su voluntad fue son palabras del Concilio de Trento que su sacrificio se perpetuase, con su inagotable virtud, por la acción de su Iglesia y de sus ministros[57].

---

57. Sess. XXII, cap. I.

Verdad es que sólo los presbíteros que son admitidos, por el sacramento del Orden, a participar del sacerdocio de Cristo, tienen el derecho de ofrecer oficialmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. -Sin embargo de ello, todos los fieles pueden, claro está que a título inferior, por modo verdadero, ofrecer la sagrada hostia. La razón es porque, en nuestro Bautismo, participamos en algún modo del sacerdocio de Cristo, por lo mismo que participamos de la vida divina de Jesucristo, con sus cualidades y diferentes estados. Él es Rey, reyes somos con Él; es Sacerdote, sacerdotes somos con Él. Oíd lo que a este propósito dice san Pedro a los recién bautizados: «Sois un pueblo escogido, una familia regia y sacerdotal, una nación santa, un pueblo que Dios ha adquirido[58]. Así, pues; los fieles pueden ofrecer, en unión con el sacerdote, la hostia sacrosanta.

Las oraciones de que la Iglesia hace acompañar este divino sacrificio nos dan a conocer con evidencia que los asistentes tienen también su parte en la oblación. -Así,

---

58. I PETR., II, 9. *Cf.* APOC., I, 6. "A aquel que nos amó, que nos purificó de nuestros pecados con su sangre y que nos hizo reyes y sacerdotes de Dios, su Padre, a Él sea la gloria y poderío.".

¿cuáles son las palabras que el sacerdote profiere, terminando el ofertorio, antes del canto del Prefacio? «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, *también vuestro,* sea aceptado a Dios Padre omnipotente». De igual manera, en la oración que antecede a la consagración, el celebrante pide a Dios que tenga a bien acordarse de los fieles presentes, de «aquellos, dice, por quienes os ofrecemos este sacrificio; o que ellos mismos os lo ofrecen por sí y por sus allegados». Y al punto, extendiendo las manos sobre la oblata, ruega a Dios se digne aceptarla «como sacrificio de toda la familia espiritual» congregada en torno del altar. Bien se echa de ver, por lo dicho, que los fieles, en unión con el sacerdote, y, por él, con Jesucristo, ofrecen este sacrificio; Cristo es el Pontífice supremo y principal, el sacerdote es el ministro por Él elegido, y los fieles, en su grado, participan de este divino sacerdocio y de todos los actos de Jesucristo.

Asistamos, pues, con atención; sigamos al sacerdote, que obra en nombre nuestro y por nosotros habla; hagamos memoria de la antigua usanza de ofrecer cada uno el pan y el vino

---

59. Bossuet, *Meditaciones sobre el Evangelio.*

para suministrar la materia de este celestial sacrificio. Si la ceremonia ha cambiado, el espíritu, esto no obstante, continúa; todos ofrecemos con el sacerdote; consentimos con todo lo que él hace, con todo lo que él dice... Ofrezcamos, sí, pero ofrezcamos con él, ofrezcamos a Jesucristo, y ofrezcámonos, a nosotros mismos con toda la Iglesia católica, diseminada por todo el orbe.

No es el único punto de semejanza que tenemos con Jesucristo el que acabamos de enunciar. Cristo es pontífice, pero también es víctima, y el deseo de su divino corazón es que compartamos con Él esta realidad; y por esto precisamente se verifica en, nuestras almas la transformación que obra la santidad.

Detengamos por un momento nuestra consideración en la materia del sacrificio, a saber, en el pan y en el vino que han de ser transmutados en el cuerpo y la sangre del Señor. Los Padres de la Iglesia han declarado con insistencia el significado simbólico de ambos elementos. El pan está formado por granos de trigo molidos y juntados para formar una sola masa; el vino, por las uvas reunidas y prensadas para fabricar un solo liquido: ved ahí la imagen de la unión de los fieles con Cristo y

de los fieles todos entre sí. En el rito griego, esta unión de los fieles con Jesucristo en su sacrificio, se patentiza con toda la viveza de las figuras orientales. Al comienzo de la Misa el celebrante, con una lanceta de oro, divide el pan en diferentes fracmentos y asigna a cada uno de éstos, con una oración especial, la misión de representar a las personas o a las distintas categorías de personas en cuyo honor, o en cuyo beneficio, se ofrecerá el sacrificio augusto. La primera porción representa a Jesucristo; la segunda a la Santísima Virgen como corredentora; otras a los Apóstoles, Mártires, Vírgenes, al Santo del día y a toda la corte de la Iglesia triunfante. Siguen los fragmentos reservados a la Iglesia purgante y a la Iglesia militante; al Soberano Pontífice, a los Obispos y a los fieles asistentes. Acabada esta ceremonia, el sacerdote deposita todas las porciones sobre la, patena y las ofrece a Dios, como que todas serán luego transformadas en el cuerpo de Jesucristo. Esta ceremonia indica lo íntima que debe ser nuestra unión con Cristo en este sacrificio.

Si la liturgia latina es más parca en este particular, no es menos expresiva. Así, conserva una ceremonia de gran antigüedad, que

el celebrante no puede omitir so pena de falta grave, y que muestra a las claras que debemos ser inseparables de Jesucristo en la inmolación. Me refiero a lo que hace, al tiempo del ofertorio, mezclando un poco de agua con el vino que puso en el cáliz. ¿Cuál es el significado de estaceremonia? La oración dé que va acompañada de su significado: «Oh Dios, que formasteis al hombre en un estado tan noble y, por la obra de la Encarnación, lo restablecisteis de un modo aún más admirable, haced, os suplicamos, que *por el misterio de esta agua y de este vino seamos partícípantes de la divinidad de Aquel que se sirvió formar parte de nuestra humanidad,* Jesucristo, vuestro Hijo y Señor nuestro que, siendo Dios, vive y reina con Vos en unidad con el Espíritu Santo, por todos los siglos. Al punto, el celebrante ofrece el cáliz para que Dios lo reciba in *odorem* suavitatis. Así pues, el misterio que simboliza esta mezcla del agua con el vino es, en primer lugar, la unión verificada, en la persona de Cristo, de la divinidad con la humanidad; misterio del que resulta otro que señala también esta oración, a saber, nuestra unión con Cristo en su sacrificio; el vino representa a Cristo, y el agua figura al pueblo, como ya lo decía san

Juan en el Apocalipsis, y confirmó el Concilio de Trento[60].

Debemos, pues, asociarnos a jesucristo en su inmolación y ofrecernos con Él, para que nos tome consigo, e inmolándonos, en unión suya, nos presente a su Padre, en olor agradable; porque la ofrenda que, unida con la de Jesucristo, hemos de donar, no es otra que la de nosotros mismos. Si los fieles participan, por el Bautismo, del sacerdocio de Cristo, es, dice san Pedro, «para ofrecer sacrificios espirituales que sean agradables a Dios por jesucristo[61]». Tan cierto es esto, que repetidas veces en la oración que sigue a la ofrenda dirigida a Dios, antes del solemne momento de la consagración, la Iglesia atestigua esta unión de nuestro sacrificio con el de su divino Esposo. «Dignaos, Seños -son sus palabras-, santificar estos dones, y acogiendo el ofrecimiento que os hacemos de esta hostia espiritual, haced *de nosotros* una oblación eterna para gloria vuestra por Jesucristo Nuestro Señor[62]»

---

60. Apoc., XVII, 15. *Hac mistione, ipsius populi fidelis cum capite Christo unio repraesentatur.* Sess. XXII, c. 7.

61. I. Petr., I, 5.

62. Misa del lunes de Pentecostés. Esta oración (secreta) está también en la Misa de la fiesta de la Santísima Trinidad.

Mas, para que así seamos aceptos a los ojos de Dios, preciso se hace que nuestra oblación vaya unida a la que Jesucristo hizo de su persona en los brazos de la Cruz y que renueva sobre el altar; porque Nuestro Señor, al inmolarse, hizo nuestras veces, nos reemplazó; y por esta razón, el mismo golpe mortal que lo hizo sucumbir, nos dio mística muerte a nosotros[63]. Por lo que a nosotros toca, sólo moriremos con Él si nos asociamos a su sacrificio en el altar. ¿Y cómo nos uniremos a Jesucristo en esta condición suya de víctima? Simplemente imitándolo en ese total rendimiento al beneplácito divino.

Derecho es de Dios disponer con entero poder de la víctima que se le inmola; y por lo mismo, nuestra disposición de ánimo debe ser la de abandonar todas las cosas en las manos de Dios, renunciar enteramente a nosotros mismos mediante el sacrificio de nuestra voluntad y de una exacta mortificación, y aceptar los padecimientos, las pruebas y las cruces cotidianas por amor de Él, de tal suerte que podamos decir, como dijo Jesucristo momentos antes de su pasión: «Obro de este modo para que conozca el

---

63. II Cor., V, 14.

mundo que amo al Padre, esto será ofrecerse verdaderamente con Jesucristo. Así, pues, cuando ofrecemos al Eterno Padre su divino Hijo y realizamos al mismo tiempo la oblación de nosotros mismos con la de la «sagrada hostia» en disposiciones semejantes a las que animaban al, deífico Corazón de Jesús sobre el ara de la Cruz, como son: amor intenso a su Padre y a nuestros prójimos, ardiente deseo de la salvación de las almas, total abandono a la voluntad y decisiones del Todopoderoso, en particular si son penosas y contrarían a nuestra naturaleza; en tal caso, podemos estar de que tributamos seguros a Dios el homenaje mas grato que está a nuestro alcance rendirle.

Tenemos, además, en este sacrificio el medio más poderoso para transformarnos en Jesucristo, particularmente si nos unimos a Él por la Comunión, que es el modo más eficaz de participar del sacrificio del altar. Y es porque Jesucristo, al vernos incorporados a su Persona, nos inmola consigo y nos hace agradables a los ojos de su Padre, y de este modo, por la virtud de su gracia, nos asemeja más y más a su divino Ser.

Es lo que quiere dar a entender esta oración misteriosa que el celebranterecita después

de la consagración: «Os suplicamos, Dios omnipotente, ordenéis que estas nuestras ofrendas sean presentadas por mano de vuestro santo Mensajero, sobre el altar de la gloria, ante el acatamiento de vuestra divina Majestad, para que todos cuantos participamos de este sacrificio por la recepción del sacratísimo cuerpo y sangre de vuestro Hijo, seamos colmados de toda suerte de bendiciones y de gracias».

Por tanto, excelente manera de asistir al santo sacrificio será la *de* seguir con los ojos, con la mente y con el corazón, todo lo que se hace en *el* altar, asociándose a las oraciones que en momento tan solemne pone la Santa Iglesia en boca de sus ministros. Si así nos asociamos, por una profunda reverencia, una fe viva, un amor vehemente y un, sincero arrepentimiento de nuestras culpas[64], a Jesucristo, que hace de Pontífice y de víctima en este sacrificio, Él, que mora en nosotros y toma por suyas todas nuestras aspiraciones, y ofrece en lugar y en favor nuestro a su divina Padre una adoración perfecta y una cumplida satisfacción, tribútale también dignos hacimientos de gracias, y las peticiones que formula siempre

64. Conc. Trid. Sess. XXII, cap. 2.

son de eficacia infalible. Todos estos actos del Pontífice eterno cuando sobre el ara reitera la inmolación del Gólgota, vienen a ser propios nuestros.

Y en tanto que rendimos a Dios, por intervención de jesucristo, todo honor y toda gloria, un copioso raudal *de* luz, y de vida desciende a nuestra alma e inunda a la Iglesia entera[65], porque, en efecto, cada Misa contiene en sí todos: los merecimientos del sacrificio de la Cruz.

Mas para posesionarse *de* ellos, preciso es que nuestra alma se encuentre penetrada de aquellas disposiciones que animaron a la de Cristo a realizar su inmolación cruenta. De esta suerte, revistiéndonos de los sentimientos del corazón de Jesús[66], el eterno Pontífice nos introducirá consigo, hasta el Santo de los Santos, ante el trono de la divina Majestad, a la boca misma de la fuente *de* donde brota toda gracia, toda vida y toda bienaventuranza.

¡Si conocieseis el don de Dios!...

---

65. *Ibíd.*

66. PHILIPP., II, 5.

El Pan de Vida

SUMARIO. - La Comunión eucarística como el más poderoso medio para mantener en nosotros la vida sobrenatural. - I. La Comunión, es el convite en que Cristo se da como pan de vida. - II. Por la Comunión Jesucristo mora dentro de nosotros y nosotros dentro de Él. - III. Diferencia entre los efectos del sustento corporal y los frutos de la manducación eucarística; cómo Cristo nos transforma en Él: influencia que en el cuerpo ejerce este maravilloso alimento. - IV. La preparación es necesaria para asimilarse los frutos de la Comunión. - V. Disposiciones remotas: absoluta donación de uno a Jesucristo: orienta todas nuestras acciones en orden: a la Comunión. - VI. Disposiciones próximas: fe, confianza y amor; cómo premia el Señor tales disposiciones: la Comunión constituye la más alta participación de la divina filiación de Jesucristo. Diversidad de «fórmulas» y disposiciones interiores en la preparación inmediata. - VII. Acción de gracias después de la Comunión: *Mea omnia tua sunt et tua mea.*

«Haced, Señor de toda majestad, que todos los que participando de este altar, recibamos el sacrosanto cuerpo y sangre de vuestro Hijo, seamos llenos de toda bendición celestial y gracia. »